

TRAS LA MEMORIZACION DE ORWELL Y CON UN LINCE AL FONDO

Por JUAN BENEYTO

SUMARIO

I. LAS RAZONES DE ORWELL.—II. PERSONA Y PERSONAJE.—III. DE NUEVO,
HOMBRE Y CIRCUNSTANCIA

I. LAS RAZONES DE ORWELL

Ya pasados unos años después de la conmoción cultural ocasionada en el mundo literario tras una memorización morosa de lo que Orwell anunciaba para 1984, podemos recoger algunas observaciones colocando un lince al fondo del paisaje.

Por lo pronto Orwell hacía profecía y no prospectiva, que es como decir que atendía al ojo clínico y no —aún— a los resultados de la citología o la tomografía. En ese sentido hay que subrayar los valores poéticos por encima de los lógicos, y aun los mágicos sobre los científicos. Pero el hombre es algo más que un animal racional erecto y bípedo como se le definió, por ser —sobre todas las otras cosas y según la sabia observación del jesuita Salmerón— el único animal que mira al cielo; decide de cara a las estrellas...

Tal como Julián Marías señala, al recoger el pensamiento de Ortega ante la prioridad de la decisión sobre lo decidido —situación típica posterior al cambio— se equilibran la energía con la inseguridad y no se sabe a qué carta quedarse.

Triunfan los militares en todo el orbe, como triunfaron Federico y Napoleón, pero ¿es previsible una situación semejante a la que sucedió a aquéllos?

Entre los recuerdos que recopila Alfredo de Vigny aparece una opinión

paterna sobre Federico de Prusia: Parecía, escribe, que estimase que era «un producto de Europa». Ahora es justamente Europa la única zona del orbe donde no hay regímenes castrenses. Bien que tanto Federico como Napoleón, acaso por ello, mezclaban con la milicia la filosofía. Napoleón aseguraba que se hubiese batido por Rousseau; Federico lo haría por Voltaire. Entre esos recuerdos que recoge Alfredo de Vigny hay otro todavía más sorprendente: No sólo hablaba de filosofía..., sino que se dejó ver en su tienda de campaña, después de una victoria, tocando la flauta. Era un hábito suyo. ¿Y qué puede hacerse —comentaría Clemenceau— contra un hombre que, en volviendo a su casa, se ponía a tocar la flauta horas y horas? Napoleón se preparaba para descansar, reposando en pie y cerrando los ojos..., pero dispuso de intelectuales y de artistas, exaltó los desfiles, las retretas, las manifestaciones y las bandas de música, que son herencia de sus regimientos, recogida por Napoleón y tras éste aclimatadas en tantas ciudades. Hoy los dictadores mantienen un paro intelectual: son ellos mismos sus teóricos, que para eso disponen de sus escuelas de guerra como academias políticas.

En la parábola trajanea, la espada del general quedaba en el pretorio. Bolívar hubo de ser un esquema político vivo, ya que asociaba la democracia con la jerarquía. Acaso deberíamos considerar aquel ejemplo como fórmula de compromiso, bien que la escuela iberoamericana de dictadores aparezca demasiado comprometida con su poderoso vecino del Norte, que ha conseguido mostrarse como adalid de la democracia entre los occidentales, siendo como es el aliado, cuando no el promotor, de las estratocracias del Cono Sur. La gran contradicción así vivida por los Estados Unidos nos muestra de modo clarísimo que todo el mundo occidental anda en tal contexto.

Elull ha señalado, de manera en gran parte coincidente con lo que hemos propuesto anteriormente, que importa limitar el poder del Estado, autodeterminar la vida social, renunciar al productivismo, abandonar las escatologías... Pero los Estados siguen creciendo en poder, la vida social es cercada, el productivismo aumenta, las escatologías sobreviven. Estamos ante otra contradicción y acaso ante la vigencia de un espíritu de contradicción.

De este modo el contraste entre la naturaleza y la existencia, que es típico del mundo homérico, toma nueva fuerza entre nosotros. Una meditación sobre la filosofía de la *Iliada* trae la conclusión de ofrecernos la gran epopeya como hija de la amargura pero no de la angustia. Sin llegar a la definitiva afirmación —y deseo— de aquel Remigio dei Girolami, discípulo de Santo Tomás y maestro de Dante: «si non est civis non est homo», ya Platón calificó al hombre de «systia», es decir, como ser que sólo puede subsistir en todo su valor ordenándose a la vida de sus semejantes. En la vida social, como no debemos cansarnos de repetir, es donde nacen y donde progresan

los bienes supraindividuales —y aun suprapersonales— que llevan al hombre hacia una articulación orgánica con los demás hombres.

El hombre vive con «los otros» y aprende de ellos, ante todo de los ancianos —de los experimentados— y seguidamente de los estudiosos —de quienes se afanan por saber la esencia de las cosas y de los acontecimientos—. Tras el saboreo de la ciencia acude el apoyo del pasado, como lección, de la historia hecha cultura y circunstancia nuestra. La visión de las ciudades con historia, así como la historia de los hombres, iluminan las zonas oscuras. Gladstone, que estudió en el Oxford de las más claras tradiciones, sólo comprendió los problemas de la religión y de la Iglesia visitando la gran basílica de San Pedro y en una ocasional lectura del *Prayer Book*. Si para algunos «Roma veduta, fede perduta», para otros fue la fe ganada. Donde Gladstone la perdió no fue en la Ciudad Eterna, sino en aquel Munich de sus conversaciones con Doellinger y, en fin, cuando los decretos del Vaticano I (entonces único) le alejan y distancian.

Y es que el estudio de la filosofía no tiene por objeto saber lo que otro ha pensado, sino en qué consiste —en palabras de Tomás de Aquino— la verdad real de las cosas. Frente a la aportación doxológica, frente a esas opiniones que pueden ser para todos los gustos, importa ir al meollo de ciencia, a esa sabrosa médula que tanto atraía a los estudiosos del tiempo monástico (sin duda por la aproximación semántica a las producciones ofrecidas por sus refitoleros). También Descartes viene a cuento aquí, que en su *Discurso del método* se dirige a cuantos tengan cierto «buen sentido», suficiente en su parecer para saborear la ciencia. Recordemos que, según sus propósitos, el título original debía sonar así: «Proyecto de ciencia universal donde se explican las cosas de tal modo que incluso aquellos que no han estudiado pueden entenderlas.»

Por obra de ese ambiente y sobre un saber básico de matemáticas y de latín surge, en la Francia culta del siglo XVIII, una clase política que participa en los Parlamentos y en los Consejos, y que bien pronto desde el *Collège* y con Destutt de Tracy y Volney difunde el parecer de que todo hombre puede llegar a descubrir un secreto de la naturaleza o a construir un sistema de filosofía. Tornamos a Descartes y al *Discurso*, de cuyo pasaje VI.2 recogemos las expresas afirmaciones siguientes: «Le bon sens ou la raison est naturellement égale en tous les hommes... La raison ou le sens, je veux croire qu'elle est toute entière en un chacun.»

¿Estamos ahí descubriendo el nudo de la cuestión? ¿Se ha perdido el buen sentido, nos hemos especializado de tal manera que ya nadie dispone de un saber general? ¿O es que ya son tantos los filósofos, los historiadores y típicamente los intelectuales, que se impone el *numerus clausus*?

Simmel ofreció como típico conflicto de la cultura moderna el del contraste entre las formas constituidas de la cultura y el siempre renovado impulso creador. También aquí encontraríamos, como en la sociedad, el tema de la lucha entre lo estático y lo dinámico. Porque ahora el impulso creador está reglamentado y hasta hay creadores regimentados. Todo son clases, estamentos o grupos, y acaso sea verdad —como piensan los conservadores yanquis— que únicamente usan de la razón los individuos.

La vitalidad cultural del hombre estriba sobre su alejamiento de los objetivos que su propia inteligencia le ha planteado. Si el objetivo deja de ser perenne, acaso deje también de ser objetivo. Escribir no es sólo glosar; escribir es hacer posible la lectura de lo que se piensa. La glosa parte del punto, la propia meditación constituye la línea. Desde ella se abre aquella ventana de que hablaba Platón, al señalar como la más alta ventura abrir los ojos a la fuente de la luz. El saber hace al hombre libre, al tiempo que el saber codifica experiencias, y así por ellas el hombre es igualmente sabio. Jacques de Cessoles y Juan de Salisbery, animando la mundanidad de la *sapida scientia* (es decir, de esa ciencia sabrosa a que antes aludimos), culminan su tesis en la afirmación de que únicamente es libre el hombre culto: *Sapiens, liber*. Vives y Erasmo añadirán que sólo por el saber se alcanza la longevidad: *Sapiens solo longaevus*.

Frente a las exaltaciones del durar —de la permanencia—, propias de todos los regímenes, no hay duración más definitiva que aquella que se manifiesta en el hombre mismo. Son los hombres que han saboreado el buen saber, que han vivificado las experiencias de los demás o que han rodeado críticamente a quien mandaba los que permiten perpetuar un sistema convivencial.

El trato, pues, de los intelectuales es condición de la permanencia del hombre como persona. Ya el saber codificado en *Las Partidas* recogió, en el pasaje II.1.10, lo que atribuía a «los sabios antiguos», es decir, que para que los tiranos pudiesen cumplir más desembaradamente sus propósitos eran precisas cuatro circunstancias: primera, que los súbditos fuesen necios y medrosos, para poderlos tener más fácilmente sometidos a su voluntad; segunda, que existiese desamor entre los ciudadanos, que se levantasen, en buenas palabras, partidismos y banderías; tercera, que se empobreciesen con sus medidas políticas, incapacitándolos para imaginar que pudiera haber solución a sus daños, y cuarta, finalmente, ésta tan decisiva: «Astragar a los poderosos y matar a los sabidores.»

Los poderosos son vistos como peligro para los reyes, mientras los sabidores van a ser vigilados, ya que no exterminados, aunque muchas veces lo fuesen —y lo siguen siendo— en el sentido literal del vocablo, expulsándolos u obligándoles a exiliarse.

De ahí arrancan los propósitos regios de regir la enseñanza, pues cuando el Estado empieza a formarse, en la Francia de Felipe el Hermoso, el primer deseo del príncipe es poner la Universidad a su servicio. Pierre Dubois la coloca en posición de «fille du roy», pero el filósofo Gerson capta muy bien que había poca diferencia entre las relaciones de filiación y las de servidumbre, ambas serviles, y piensa que lo que va a ser no es hija, sino esclava: *ancilla regis*.

¿Advertimos, pues, desde siglos atrás que la función del estudioso, del sabidor y en líneas generales del intelectual es decisiva en el orden político? Leonardo de Vinci se lo dirá a Ludovico el Moro, hacia 1482: sirve y puede servir el intelectual en dicha tarea. Frente a la pintura antigua de aquel «rastros» del rey, conjunto de seguidores que acompaña a la corte itinerante, Carlos I de España reúne un séquito de grandes cabezas. Está frente a la actitud de los turcos —lejano precedente de nuestras actuales estratocracias—, de quienes dice Mateo López Bravo que condenan a perpetuo destierro a las que llaman inútiles mentes de los filósofos, pues quienes hacen así «gustan más de señorear a esclavos que a libres y de mandar más a bestias que a hombres» (lo grave es que el propio López Bravo anote la pretensión de algunos políticos por seguir «el ejemplo de los turcos»).

Bastante cerca de aquellos turcos anduvieron ya en el siglo XIX los reaccionarios unidos de Europa, a su cabeza Metternich. Von Srbik sintetiza la teoría metterniquiana en el aspecto que nos interesa destacando su programa político de vigilar las tres cosas que dolían a la Contrarrevolución: las sociedades secretas, la prensa y los profesores universitarios.

De aquella raíz vienen —apoyados por el proceso beligerante que es consecuencia de la idea de soberanía— los totalitarismos a los que Orwell veía, hace poco más de treinta años, como panorama universal de nuestro tiempo. Mediante tales métodos se ha producido la que José Luis Romero llama expresivamente «doma del espíritu».

Por el totalitarismo económico, con las grandes empresas culturales, por los consorcios periodísticos y librescos, por los mecanismos encargados de canalizar la distribución..., una gran parte de los ciudadanos no pasan de ser súbditos. Por el totalitarismo político las gentes quedan requisadas, como los coches o los caballos.

Cuando George Orwell escribía su *1984* el panorama era más satisfactorio que el actual. Las estratocracias dominan numéricamente sobre las democracias. La libertad marcha hacia sus mínimos. Los avances tecnológicos nos han dado más automóviles, nos han entretenido con la videovisión (si es que vale el reiterativo vocablo); han poblado de robots las fábricas... Ya casi el ocio domina la vida del hombre. Pero si recordamos con Ortega que

vivir es tratar con el mundo, es dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él... estamos abocados a declarar que apenas vivimos.

Orwell esperaba que la resistencia de los hombres no aguantara en 1984 semejantes presiones. Imaginaba que finalmente caeríamos todos, víctimas de aquel gigantesco cambio político, tecnológico y social. Por fortuna, si las cosas han empeorado y seguimos bajo el diagnóstico de la gravedad, no andan perdidas todas las esperanzas.

Hace falta, sin duda, ser un lince para avizorar el futuro, pero estamos convencidos de que si la humanidad renuncia al suicidio nuclear, tampoco puede caer en una esclavitud definitiva mientras la conciencia humana nos permita distinguir a la persona del personaje y al hombre digno del indigno.

II. PERSONA Y PERSONAJE

Hemos llegado al punto central de nuestro esfuerzo por conseguir una palíngenesia de los mecanismos afectados por el cambio: la consideración del hombre, de este hombre que en la sugerente frase de Teilhard de Chardin encuentra su psicogénesis en el momento en que la criatura viva se mira en el espejo.

El hombre ha sido el obstáculo para que las últimas predicciones de Orwell no se hayan cumplido: hay que volver al hombre y hay que contar con él para que podamos imaginar una respuesta a la situación contemporánea.

Lo primero es pedirle congruencia. Creo recordar que en *El pensador* de Clavijo se explica la muerte de los Autos sacramentales por el hecho de que el público veía que quienes representaban la Sagrada Familia eran unos amancebados, al advertir que los mismos que cantaban jácaras alegres salían como símbolos de devoción... Y allí encontramos el fondo de aquella actitud: la persona, culminación del hombre, se pierde al hacerse personaje, al representar un papel... En la misma línea recordamos la observación de Ortega sobre la decadencia de la nobleza al meditar sobre la circunstancia de que los que por herencia estaban condenados a representar el papel de los aristócratas antepasados suyos, no eran ni ellos ni sus antepasados y se convertían en pura ficción.

Para tornar a la persona importa valorar la misma criatura humana. Si originariamente la persona aparece como máscara en la nomenclatura escénica, el tiempo la convirtió en la más alta vestidura del hombre. Persona llegó a significar más de lo que el hombre significaba. Ahora, con la valoración de los derechos humanos, es el hombre quien se coloca en primer término. La persona andaba considerada en atención a su propio fin, al menos

tal como cuaja en las doctrinas personalistas, ejemplificadas por los trabajos de Maritain y de Mounier.

La persona es vista en la tradición medieval incluso por encima de los ángeles, ya que un cuerpo y espíritu, mientras aquéllos no tienen más que éste. Los derechos del hombre se ligaron a la personalidad propia de ciertos hombres. No sólo culminan en los caballeros, sino en los ciudadanos. Siendo persona, el hombre aparece acreedor a la dignidad, a la libertad, a la igualdad... Precisamente el hecho de que la vida civil (el aire de la ciudad, según la fórmula alemana, reiterada también en alguno de nuestros viejos fueros) nos haga libres, no sólo supone que decaiga la sumisión a cualquier servidumbre, sino que en aquel ambiente iban cediendo los contrastes impuestos por el feudo y por el señorío dominantes en las zonas rurales.

En esa línea hay que meditar sobre la idea hegeliana del hombre entero. Precisamente arranca de ahí una cualidad de alto valor para la persona: la entereza. Los hombres enterizos son los hombres obstinados (sin llegar a la obcecación), pero también los hombres interiores, los que viven vida interna y no sólo externa, aquellos que, como decía fray Luis de León, ponen el saber en el corazón y no en los ojos, frente a quienes juzgan por la apariencia y tienen por bueno lo que ven prosperado. Ahí es donde hay que anotar el peso de cada uno, aquel *pondus meus* de San Agustín.

El campesino ruso descrito por Zamyatin en su novela *Nosotros* sueña en la perfección de lo mecánico, juzgando como hombres perfectos y vidas perfectas las que tan materializadamente dan las máquinas. De la rebeldía edénica del «seréis como dioses» se ha ido a la aspiración de convertirse en robots. Anda ahí la ilusión de mecanizarse como comodidad. Porque instrumentalizándonos no tenemos que utilizar la cabeza (pero para eso no haría falta que fuésemos hombres...).

El padre Mariana recuenta una noticia que toma del famoso *Tostado*, de don Alonso de Madrigal, obispo de Avila: Corría el año 1285. Arnaldo de Vilanova, alquimista y filósofo, intenta fabricar un hombre... y es condenado por la Inquisición. Base de la sentencia es la doctrina que asimila las bestias a los mecanismos... Hoy las experiencias vilanovanas pasarían a las páginas de los periódicos, junto a la foto de la estrella de cine, a la hoja de afeitar que nunca se estropea y, sobre todo, a los niños nacidos en laboratorio, ¡tan cerca estamos de aquel disparate!

Entre esas noticias recogí hace años una tomada del *Sunday Graphic* londinense: un yanqui llamado Anatolio Barsov tuvo durante algún tiempo como amigo a un ruso que no se acostumbraba a la vida de América. Se volvió a la Unión Soviética —confesaba Anatolio— porque tuvo miedo de la libertad. No de la libertad política ni de la libertad filosófica, sino de la sim-

ple libertad física. En los Estados Unidos tenía que buscar un empleo, es decir, «decidirse» a un trabajo «elegido» por él; tenía que tomar un tren, alquilar una casa, acudir a comer a un restaurante... en una palabra: tomar decisiones casi continuamente. Y él, educado en un país comunista, no había imaginado asumir tal responsabilidad, pues en la Unión Soviética hacía lo que se le decía, lo que el Estado le ordenaba, lo que el Partido le sugería...

La referencia puede hoy ampliarse, porque la intervención ajena desplaza las decisiones propias. Con la tendencia hacia la instrumentalización abandonamos nuestro propio ímpetu, nos hacemos indolentes, esperamos que nos digan lo que debemos hacer, ¡el «papel» que tenemos que representar! Nos va faltando aquel «mirar levantado» que algunos teólogos señalaron como característico del ser humano. Y acaba faltándonos la capacidad de sonreír. Precisamente se subrayaba por Jeanson «la significación humana de la risa», en un valioso libro de ese título. La capacidad de sonreír es una exigencia de la persona, que precisamente así, con el gesto, deja de ser máscara. Es interesante notar que la sonrisa fue una de las más insistentes apelaciones de los Santos Padres: San Pablo dice a los Colosenses que sus palabras están condimentadas con alegría («semper in gratia sale sit conditus»). Más tarde San Martín señala el sabor de la sonrisa, salsa del espíritu («spiritualiter salsa»), exteriorización precisa de la alegría interior. Por eso, teniendo causa, es buena la alegría («habita causa, interiore laetitia bona»). Una de las defensas de la religión bien sentida frente al severo jansenismo fue también esa satisfacción de mostrarse —y de estarlo para mostrarse— alegre. San Felipe Neri declaraba que la alegría era un estímulo para la santidad: el espíritu alegre alcanza más fácilmente la perfección que el espíritu melancólico...

El hombre se hace persona afirmando, no negando. Los signos negativos son caducos, los plazos —todos los plazos— encuentran término. Los «antis» son útiles para llamar a filas, para agrupar con denominador común —tras una bandera— a los combatientes y aun para lanzarlos al ataque, pero resultan inoperantes a la hora de las banderas victoriosas o vencidas.

Ante el cambio es difícil establecer programas concretos que sean nuestra respuesta. Importa fijar posiciones, revelar actitudes, señalar modos de ser y modos de pensar. Ya los marxistas en su Congreso de Erfurt, y ante las primeras situaciones críticas, frente a quienes pretendían trazar los planos del Estado futuro, afirmaron sagazmente la necesidad de partir de aquel sentido, de aquella conciencia, de aquel estilo... que animasen el movimiento (de ahí lo tomó Besteiro, en su prólogo a la edición española del Programa, y de Besteiro, José Antonio Primo de Rivera, que mantuvo esa misma posición ante su Falange).

Actitudes, pues, que permitan fijar repertorios de soluciones, que eso

son —recordando las palabras de Ortega sobre la cultura— las fórmulas esperadas. Las vamos haciendo y luego sirven para todos, a fin de que no se repita en nosotros aquella triste idiotez que, según la imagen de Scheler, está simbolizada por ese pez color de oro que embiste contra el cristal que cierra la pecera.

Me han impresionado siempre las actitudes de respeto para la naturaleza o para el arte: aquella calle de Londres que se modifica en su trazado para no tener que derribar un hermoso árbol, o aquellas fuentes de mi viejo Friburgo de Brisgovia que hicieron desviar la ruta tranviaria... hasta que las bombas asolaron la hermosa villa libre. Menos mal que la guerra perdonó a la catedral y a las hermosas puertas torreadas y ejemplarmente a la de los Suabos, con la plegaria hecha divisa: «Sub umbra alarum tuarum protegenos». Era una apelación al olvidado Espíritu Santo, que sirvió en la Edad Media para atender a los desvalidos y a los menesterosos, con sus cajas y asilos, y ahora no queda sino en el rito de la iniciación del año académico —cuando no se olvida—, o en la superstición «espiritista» arraigada en el Brasil y desde él arribada al mundo europeo, por lo que dejan ver las acciones de gracias publicadas como anuncios en la prensa.

El discurso de Max Scheler con ocasión del décimo aniversario de la fundación de la Academia Lessing, hace ya casi medio siglo, me sigue impresionando cuando pienso en la situación del hombre y de la vida de nuestro tiempo. A Scheler le preocupaba la elevación a dogma de la ideología de Marx y, sobre todo, la función proselitista que acometía Rusia. Le preocupaba fundamentalmente la utilización de vitalismos y de activismos para imponer posiciones mecanicistas. Le preocupaba otra vez la aventura del primer robot, obsesión intelectual desde el fallado invento de Arnaldo de Vilanova.

Pensemos que la guerra —que es la máxima oposición a la vida «civil»— es un hecho cotidiano. Y sobre todo que ha desaparecido el concepto mismo de retaguardia, que saltan las imágenes del quintacolumnismo y de la resistencia, que incluso se habla —y se vive— en estado de guerrilla urbana (lo que ya es una contradicción con la idea misma de la urbe, que al menos exigiría coherencia con su concepto; es decir, urbanidad).

Hay que volver a mirar a quienes siendo personas eminentes nunca fueron personajes, nunca representaron «papeles». Y sobre todo a quienes fueron doctos por encima de ser o no doctores. En la tumba de Dante puede leerse esta divisa decisiva: «nullius dogmatis ex pers». Quienes la pusieron pensaron que Dante sabía cuanto en su tiempo era dable saber, y así Boccaccio y Villani no sólo lo ven como poeta, sino como pensador y como filósofo. Mas sin ir a Italia, en nuestra Mallorca tenemos a Ramón Llull. Sonó en

tantas cosas que estuvo a punto de figurar entre los herejes antes de llevarle al altar de la Santa Iglesia (en Trento se discutió la inclusión de sus obras en el *Indice*). Igualmente hay que referirse a Francesc Eiximenis: cuando acogió la propaganda francesa que trataba de ofrecer aquella monarquía como el último Imperio, reavivaba las profecías del pseudo-Methodio, pero además hacía sospechar tales cosas al rey que éste hubo de ordenarle que dejase de ocuparse de ellas...

Y es que en España, con la confusión del biblismo con el luteranismo, los libros sagrados han encontrado muchas reservas. Y, sin embargo, pocas lecturas más adecuadas al hombre que aquellas que recogieron el saber oriental, depurado por Israel y sistematizado por Grecia. Frente a la tópica Palabra de Dios se impusieron las palabras de los obispos y de los frailes, elaboradores de devocionarios y aun de caminos seguros para lograr la Gloria.

La lectura de Goethe me ha recordado aquella historia que el poeta contaba a su amigo Eckermann: cierto ciudadano inglés tenía centenares de pájaros enjaulados; algunos se murieron y para conservarlos ante su vista los hizo disecar. Gustáronle tanto disecados... que decidió matarlos a todos y retenerlos en las mismas jaulas. ¿No es así como estamos siendo situados —conservados— los hombres de nuestro tiempo? A quienes mandan les gusta tenernos tan a su disposición que no sólo nos enjaulan, sino que nos disecan, nos mantienen siempre en igual posición.

Porque nos falta a todos ese soplo de voluntad que anima a las figuras del museo. Nuestras estructuras mentales chocan con la ausencia de libertad, con las reglamentaciones minuciosas, con el ocio dirigido... Vamos siendo todos otros Anatolios Barsov. Ya casi da lo mismo que manden liberales o manden socialistas. El mundo va privando al hombre de la fuerza del espíritu, o si le deja la fuerza le priva de su capacidad de decisión.

El hombre de hoy y el de ayer se encuentran juntos en la historia. El replanteo debido a la escuela alemana, con Dilthey, con Troeltsch, con Weber, con Meinecke y finalmente con Ritter lo deja ver claro. Tornamos de nuevo a las ideas más tradicionales y más olvidadas: cuando Federico el Grande fracasa se piensa que la razón de la derrota estriba en el hecho de que no interpretó bien su circunstancia. Puede también pensarse que la fuerza no fue aplicada de manera suficiente... ¡Jamás se confiesa una fatalidad!

Partir del hombre, insistir en los valores de la vida humana, reinsertarnos en el concepto de la «persona con personalidad», huir de toda clase de representaciones y de ficciones... a fin de que no haya de acabar yéndose al desierto como en la anécdota de Confucio trastrocando el tirano por el tigre (Confucio consideraba preferible éste a aquél) para no tener que acabar como en el coro de *Faust* en la escena del asesinato de los viejos y el incendio de la

casucha, viendo imperar la orden dramática frente al escrúpulo de los soldados:

*Das alte Wort, das Wort erschallt:
Gehoerche willig der Gewalt!*

III. DE NUEVO, HOMBRE Y CIRCUNSTANCIA

Si el mundo contemporáneo es distingue radicalmente del antiguo por las actitudes tomadas por los hombres, también se separa de la vieja imagen en relación con las alteraciones y modificaciones del contorno.

Imaginemos el mundo medieval inmutable, incluso juzgado necesariamente estático por voluntad de Dios. Paremos mientes en los elementos de que entonces se disponía para cambiar las cosas: la acción exhortativa estaba confiada a la Iglesia, y ésta monopolizaba, con la predicación, lo que hoy llamamos medios de comunicación social. Sólo con la galaxia Gutemberg la influencia de la palabra impresa empieza a pesar, pero pesa de manera muy reducida sobre núcleos poco numerosos. En consecuencia, el único antecedente del proceso de modificación del contorno por la acción del pensamiento de los hombres se encuentra en las luchas religiosas del siglo XVI. Contra ellas se levantan los intelectuales que sirvieron al Renacimiento y que cimentaron el Humanismo, pero la Reforma y la Contrarreforma resultaron decisivas para el futuro del hombre europeo.

Maximo d'Azeglio fue uno de los primeros futurólogos cuando predijo al hombre indiferente. Estimaba que lo mismo que los excesos de la Reforma religiosa conducían al indiferentismo religioso, también el cambio político (él lo llamaba también Reforma) llevaba al indiferentismo en materia política. No pudo imaginar D'Azeglio que se produjese una participación de las gentes en la vida pública de una manera como la expresan los periódicos en los comicios que vienen celebrándose de manera normal allá donde todavía no se han establecido las estratocracias de nuestro tiempo. Pero hay que preguntarse si la participación, que es provocada y solicitada, resulta suficientemente fuerte como para invalidar su prognosis. Más bien hay un indiferentismo en ciertos niveles superiores. Podríamos decir que quienes votaron censitariamente andan ya cansados, mientras que los que empezaron a votar cuando se fue extendiendo el primitivo privilegio del sufragio son quienes arropan la participación, es decir, las gentes menos favorecidas por la fortuna (los antiguos jornaleros no contribuyentes), los jóvenes (dada la reciente rebaja de la mayor edad) y las mujeres, casi novatas en semejante tarea. El indiferentismo de las

masas se dio más que ahora en la época en que las elecciones eran regidas por el caciquismo; mientras el indiferentismo de los grupos superiormente instalados en la sociedad se produce a consecuencia del reconocimiento de su pérdida influencia. Ya no son ellos quienes, como «notables» (si utilizamos el vocablo tópico), rigen la marcha de la acción política, porque ahora la dominan los partidos... y quienes han conseguido adueñarse de la dirección de éstos. Las masas van viendo además que tienen un peso en la política y aun, con la presión de las concentraciones, las manifestaciones y los desfiles, en las mismas calles... con consecuencias bien señaladas por parte de los responsables del orden público.

Tal corriente, ahora casi desbordada, encuentra testimonio en el famoso libro de Cournot. Sus *Consideraciones sobre la marcha de las ideas y de los acontecimientos* son, por lo demás, singular aporte a la reflexión sobre los temas políticos, que Cournot consideraba inclinación excesiva por parte de las gentes que se preciaban de cultas. Ya dijimos nuestro parecer de que, como los hombres que piensan, piensan en los demás, es lógico que acaben pensando sobre la política. Mas es sabido que suelen pensar cuando las cosas andan mal... Se ha dicho, y parece probado, que las dictaduras necesitan tener siempre éxitos; cuando se fracasa no se perdona al gobernante... incluso cuando, como en la ocasión presente, suele ser poco aquello sobre lo que él decide.

El indiferentismo se produce en todos los regímenes desde el momento en que los acontecimientos cotidianos no incomodan a las gentes; cuando nos dejan libre la vida privada (lo poco que nos queda de vida privada), la calle está tranquila... y suben pausadamente los impuestos. El crecimiento desorbitado de la intervención estatal y aun sobre todo la duplicidad —cuando no más— de los servicios, la falta de entidad de ciertos ramos y, aun de manera llamativa, la parcelación de las competencias en un mismo ramo. La burocracia crece y en consecuencia crecen los gastos... que hay que atender con la inflación, el crédito y los impuestos, en diversa proporción según los intereses de la imagen que se quiere dar al público. Desgraciadamente, los únicos puestos que con seguridad pueden crear los gobernantes son los puestos públicos.

Indiferente, pues, según las circunstancias y desde luego pendiente de ellas.

Importa mucho para la respuesta que nos pide el cambio que el hombre atienda a lo que le rodea, a aquello que, en la definición de Ortega, «está en torno a mí».

Los hombres del Norte y del Sur de Europa, en los parlamentos locales islandeses o en los medianedos castellanos, los campesinos de una y otra

tierras se agrupaban para dar forma institucional a la estructura vecinal de cada uno de ellos. (Es curioso observar que en Islandia se reunían en valles cerrados, protegidos de los ventarrones por las rocosas murallas naturales, mientras en Castilla lo hacían sobre los oteros, en las altas zonas donde confluían los habitantes de los valles...) Al Este se fue afirmando la amistad como base de la humanidad, y desde Oriente recibió el Occidente sus dioses y sus hombres. De ahí que debemos pensar en lo que esta relación significa.

La amistad fue, histórica y filosóficamente, la ayuda necesaria para la debilidad propia del hombre y por ello englobaba no sólo las relaciones personales, sino las ambientales. La amistad resume, en su profundo sentido, cuanto nos rodea, los demás seres y las cosas cercanas. La política vino a completar la obra amistosa porque, precisamente, se consideraba que toda obra común derivaba de la armonía y servía para estrechar vínculos entre quienes participaban en ella.

El gran tema de nuestro tiempo en semejante situación deriva del hecho de que las técnicas multiplicadoras, al difundir juntamente información y persuasión, suplantán nuestra propia actividad. Frente a la charla y aun frente al diálogo, el diario impreso y la pequeña pantalla se imponen sobre cada uno de nosotros: se nos provee de noticias y de opiniones, sin nuncio portador, sin mediadores personales.

Recordemos que los discípulos de Cristo fueron enviados a difundir el Evangelio de dos en dos, binariamente. Así caminaron los frailes minoritas y aún lo hacen de dos en dos los colegiales de Oxford. La reforma ignaciana establece las ternas. En los colegios de jesuitas, según mi experiencia, se salía a pasear de tres en tres. De la pareja se pasa al grupo, porque tres ya hacen sociedad... (Advierto que incluso en la Guardia Civil española, conocida vulgarmente por «la pareja», se ha roto este esquema.) La terna supera el simple encuentro dialogante, admitiendo la hipotética inserción del árbitro. Tres hicieron desde su origen «tribunal» que era justamente la pareja, las dos opiniones, y el árbitro, que presidía. Dos y dos pueden enfrentarse con más facilidad que tres: pues tres ¡no sólo constituyen tribunal sino triunvirato!

La incitación de los medios multiplicadores de información y de difusión tiende a suplir nuestra circunstancia. Ante tal ofensiva el contorno de la propia acción se hace fluido y diáfano. Por eso importa proponer agrupamientos y no sólo amontonarse en multitudes dispuestas a aplaudir o a vociferar, reuniéndose en pequeñas asambleas para que se despierte ese espíritu crítico que convierte al hombre en ser «verdaderamente humano», congruente con su esencia, hecho de una vez persona.

Ya señalamos la correlación entre el comercio y la libertad. El trato conduce al contrato, que es decir a hacerse capaz, a prepararse para contratar.

Ni siquiera para contemplar sirve el aislamiento, porque la compañía permite ver mejor. La comparación es siempre necesaria. Mi profesor de botánica en la enseñanza media rechazó una foto de la frondosa olivera gorda o grande de mi pueblo natal —donde la tradición afirma que sirvió a los griegos para amarrar las naves— porque no tenía a su lado alguna persona que permitiese comparaciones y servir para demostrar que, como yo le contaba, hacía falta que se uniesen los brazos de tres hombres para rodear un tronco tan voluminoso...

Para el trabajo es preciso el equipo. Para jugar hay que contar con otros: el solitario de los naipes es como la representación escénica de un solo personaje: cuenta con un valor implícito complementador, hay siempre alguien presentido u oculto. Hasta para pensar nadie se basta a sí mismo: hay que contar con lo que otros han pensado. Los propios ermitaños de todas las órdenes contemplativas cuentan con quienes les traen el pan y el condumio y hasta tienen que cortar la regla del silencio de cuando en cuando.

Si es verdad que el peso de los mecanismos multiplicadores de la comunicación ha cumplido servicios unificadores o al menos cohesionadores, ya que en fin de cuentas ejemplifican el mitin o el sermón dados sus públicos, sólo es verdad que valgan contando con medios de tipo personal, gracias a las relaciones interindividuales que van incoando las nuevas estructuras. La predicación medieval hizo posible una homogeneización no sólo en virtud del monopolio atribuido a la Iglesia, sino por la ayuda del llamado brazo secular, que no se ocupaba solamente del triste quehacer de ejecutar a los herejes, sino que montaba la guardia en toda ocasión. Tal tendencia fue limitada con la aparición del libro, el surgimiento de la revista, la posibilidad del semanario y del diario no intervenidos por los eclesiásticos, pero podemos imaginar lo que hubiera sido de la humanidad si la Edad Media hubiese contado con los medios modernos: el totalitarismo impuesto por otras gentes y al servicio de otros dogmas nos lo viene a decir.

Para mantener la relación del hombre con su circunstancia hay que insistir en afirmar el contorno natural de cada uno. Cuanto nos rodea ha de verse no simplemente como contigüidad física, sino como honda proximidad psicológica, como auténtica proximidad, tal como ya señalamos calificando que también los otros han de ser vistos como nosotros si tratamos de realizarnos de manera plenaria. Como la Universidad empezó siendo «universitas», como la antigua milicia fue esencialmente camaradería...

Olvidamos a menudo, sin embargo, que —contra lo que propalaron ciertos liberales— «le monde ne va pas de soi même». ¡Las cosas no se mueven sin que alguien las empuje!

Para responder al cambio hay que impeler la reforma de nuestro con-

torno, porque cuando una estructura se institucionaliza es que ha cristalizado. El único modo de mantener vigentes las instituciones es procurarlas conservar en situación de fluidez. Si de su estado óseo ha de pasar al cartilaginoso el empuje es nada fácil, pero de todo punto necesario, porque lo que se petrifica es lo que obstaculiza el proceso histórico.

A fin de evitar tal petrificación, los monarcas medievales supieron ligar a su propio período de mando la vigencia de muchas de las estructuras políticas y económicas. Cada nuevo rey era una nueva esperanza —a la manera en que hoy contemplan los mexicanos a cada nuevo presidente—. Los fueros locales tenían que ser confirmados por el rey nuevo, y así esperaban sus gentes lograr en cada ocasión no sólo el mantenimiento de lo que ya gozaban, sino corregir lo que no les placía y «amejorar» sus fueros, como ahora pretenden los navarros, revitalizando aquella institución. Y lograron ligar el valor de la moneda a la vida de cada rey: quien se comprometía a no cambiarla —y ésta es la razón de que llevase su efigie— porque cambiarla solía ser aprovechado por los príncipes, como ahora por los gobiernos, que cuentan con la inflación, modificando en su favor la ley metálica, cuando necesitaban disponer de fondos, por el fácil arbitrio de fundir aquella rebajando la proporción del metal más noble. Ahora se ponen plazos para el mando debo creer que con ese mismo fin, para adecuar en cada ocasión los mecanismos propios de la convivencia ciudadana.

Saavedra Fajardo apeló a la prudencia política y muchos después de él se han ocupado de tal virtud. Para Saavedra semejante prudencia consistía en hacer nacer las ocasiones o saber usar de ellas cuando eran nacidas ya.

Las ocasiones de la acción política son miradas por la parapolítica con una perspectiva que a las veces puede ser prospectiva: viéndolas ahora como son podemos imaginar lo que más tarde van a ser. De ahí que tengamos que apelar al lince, animal de aguda vista, según ya señaló Sebastián de Covarrubias.

Como Ortega situaba al corzo al fondo de un paisaje, cabe imaginar al lince en el horizonte de la parapolítica. Su tarea consiste en escrutarlo. Ferrer de Valdecebro celebraba al lince por la virtud de sus ojos, ya que sus niñas vencen las más oscuras sombras de la noche. Plutarco creyó que penetraba lo sólido y Nebrija nos dejó dicho que alcanzaba distancias de trece mil pasos... ¡Bien nos hace falta, pues, su ayuda!

Porque además de cambiar las cosas cambia el horizonte cada día y hay que prenderlo como circunstancia antes de que podamos concebirlo como mundo, en ese anquilosamiento que tan bellamente observara Ortega.

Lo que tenemos delante cada día y a cada hora, hace perder identidad —y aun entidad— al horizonte histórico. Este se difumina por el peso de las

influencias ajenas, desaparece en un plegar y desplegar de túnicas. La circunstancia en torno es sustituida por la circunstancia puesta delante. La terraza abierta es suplantada por el huerto cerrado. Faltan los horizontes externos y fallan los internos. Nuestros ojos ya no miran tanto a la naturaleza como al artificio y acaban prefiriendo la tramoya a la realidad.

El hombre moderno habita entre paredes y tiene delante telones (carteles, anuncios, pantallas). Se encuentra sin horizonte exterior y se le ofrece programado el interior. No piensa como el hombre de la meseta a quien el paisaje eleva hacia Dios o hacia las empresas militares, ni como quien mira al mar y está dispuesto a expandir la vista hacia él, mostrándose vocado a lo horizontal mientras el mesetario lo hace hacia lo vertical.

De estos últimos años es la meditación universal sobre el centro y la periferia y singularmente el estudio de los talantes propios de la meseta y del litoral, antes referidos al tema del espacio. También hay que traerlos aquí, a manera de proyectos de conclusión, porque el proceso demográfico actual señala un corrimiento desde el centro a la periferia y desde las mesetas a los litorales. ¿Podemos esperar que se modifique —universalmente— el talante de cada uno de esos grandes grupos humanos?

Si dejamos de sacralizar el centro —tal como ha sido historiado por Paullet— seguramente dejará de tener el actual prestigio, y la coerción será debilitada si se debilita el mito mismo de los mecanismos centrales que llevan a ese unicentrismo característico de todo Occidente, en contraste con el Oriente del alma colectiva (volvemos otra vez a notar la urgencia de disminuir las distancias entre ambos pensamientos, ya que estamos ante una realidad cósmica). Si las gentes de las mesetas se acercan hacia los litorales el influjo del mar ocasionará modificaciones sustanciales en los talantes de aquéllas. Por lo pronto, el hombre de la costa no ve en el extranjero a un enemigo, sino a un compañero, lo recibe bien —según el general testimonio de todas las colonizaciones cuyos conductores llegaron por mar (no en vano la dureza en los regímenes políticos de la historia europea anda ligada a la presencia germánica, recibida al través de las tierras y de los montes, alejada de las costas...)—. Sabemos bien, desde los estudios de Román Perpiñá, que hay dos maneras de ordenar la convivencia política, la epirocracia y la talasocracia. La primera es típica de la tierra adentro —del Epiro— y cuenta con agricultores y sobre todo ganaderos para imponer sobre ellos dioses justicieros, príncipes guerreros, boato público, clases estáticas, templos grandiosos y sometimientos. La segunda nace del mar —«talasos»— y se apoya sobre comerciantes y navegantes, dioses benévolos, príncipes humanos, lujo privado, clases dinámicas, templos a medida del hombre y consensuamientos.

¡Parece que estamos configurando en sus raíces las estratocracias! No

debía ser de otra manera, pues también en este orden la circunstancia es fundamental para definir al hombre político o al menos al hombre que tiene que contar con la política.

No podemos prescindir del asfalto y del cemento, pero ¿para qué destruir los jardines y los árboles? El ecologismo no es una doctrina política, pero responde a una actitud política. La marcha de las gentes hacia el mar, para tomar el color de moda, para broncearse, será una triste referencia si no se pasa de ahí, si no se empieza a comprender a los viejos pobladores de las costas, que supieron gozar del mar, marineando, navegando, y sacar de este trato un propio talante. El catalán Maragall lo escribió poéticamente:

*Anant al mar
els homens s'agermanen...
Venint del mar
mai mes serán esclaus!*

Y los poetas de Castilla, Alberti y Unamuno lo refrendaron; la ilusión de llegar al mar es en Rosales y en Vivanco —celebrando en bellos versos las bodas de los Reyes Católicos— la gran aportación aragonesa:

*Castilla, qué firmes lazos
tendrá tu salida al mar!
Porque flores de Aragón
llevado el mar a Castilla
dentro de Castilla son!*

Del mar vienen también a la política las más expresivas imágenes. Tal la figura del piloto, aquel gobernante de la nave que es hombre a la vez del timón y de la aguja de marear. Acaso quien más la elevara fuese Nicolás de Cusa, cardenal y político, que procede de una familia de barqueros de Coblenza y que desde Coblenza a Tréveris pasó largas jornadas para pedir concordia en Basilea, en el concilio famoso. Porque el capitán del navío es quien marca la derrota salvando escollos y tempestades.

Esta aproximación al mar ha de señalarse como un hecho importante, no sólo relevante para el impulso del turismo, sino para la mejor comprensión de la convivencia y consecuentemente para la política, ya que es la recuperación del horizonte perdido, que nos hace comprender la vinculación del hombre a su circunstancia. Pues solamente desde el litoral cabe conjugar la gran navegación de altura con lo que he llamado cultura de cabotaje, que es vínculo de cordial vecindad.

Alejados de la obsesión centralizante, cara al horizonte tantos siglos trastornado, apoyemos la fuerza del pensamiento. Sobre el ser, sobre el estar, venga en hora buena el pensar, el reflexionar...

No se trata de que hablen los filósofos, a menudo obsesionados con su influencia; lo que importa es que se recupere el sentido común, que vuelva a contarse con la prudencia... La tradición local de los agustinos, en mi villa natal, hizo que muchas madres de familia recordasen en oraciones a sus hijos, este alto valor. A San Agustín pedían que se le rezase, en lengua vernácula: para que nos conserve la prudencia y el juicio («Per qu' ens conserve-lo seny i el juhí»).

Si el hombre se encuentra actualmente con un poder que sobrepasa su medida; si, según Bertrand Russell, no está hecho para tanto poder, ¿por qué no piensa antes de utilizarlo? Pensar hasta que tal ejercicio encallezca la mente, como dejaban ver los romanos al referirse a esa tarea con el vocablo *callere*... Pero no tanto pensar algunos, sino tratando de que todos pensemos.

Vivimos una vida colectiva y necesitamos pensar también colectivamente, generalizando las propuestas de los que pensamos por vocación y suscitando en la generalidad de las gentes el interés por los juicios sobre los hombres y sobre las cosas. Ya es expresivo que tras la divulgación de la historia en fascículos acabe de ofrecerse entre nosotros, también de esa manera, el pensamiento. Que no sea sólo el sexo, el motor o el balompié lo que se aduzca como motivo de conversación y de meditación el hombre de la calle. Si se empieza por leer filosofía en tal nivel podemos ir perdiendo ese tradicional temor a la reflexión, que tanto tiene que ver con nuestras pasadas desventuras.